

# El Vaticano II: ¿Una oportunidad perdida?

Alfredo Fierro

Teólogo y profesor emérito de Málaga  
E-mail: alfredofierro@terra.es

Tengo mala memoria para los hechos, los episodios; y no estoy bien dotado para recordar ni siquiera aquello que pertenece a mi propio pasado biográfico. Además, nunca llevé apuntes memoriales, ni en el día a día, ni en el breve plazo, que luego hayan podido ayudarme a atar cabos en mis escasos recuerdos personales. Y, en fin, el tiempo transcurrido desde el Vaticano II, las informaciones objetivas durante y después de su celebración, los posteriores análisis propios y de otros, se interponen como una pantalla que hace aún más difícil recuperar lo que en su día fue percepción inmediata de su preparación, sus circunstancias, sus consecuencias próximas. No puedo hacer, por tanto, balance o crónica sobre la base de recuerdos personales y ofrecer el correspondiente testimonio. Es un testimonio transido, en todo caso, por el balance crítico que en el medio siglo transcurrido se ha ido sedimentando en mi

pensamiento y que a estas alturas de la vida, purgado ya mi corazón de antiguo teólogo, se ha integrado en ese extenso ajuste de cuentas con la historia cristiana que he tratado de hacer en *Después de Cristo* (Trotta, 2012). Hay en este libro un par de páginas sobre el Vaticano II, tan recientes todavía, que difícilmente puedo desprenderme de ellas al escribir ahora.

Guardo recuerdo nítido de haber seguido en directo, en la plaza de San Pedro, las sucesivas fumatas del cónclave que eligió a Roncalli como Papa y de haberle visto aparecer en el centro del balcón de la basílica como Juan XXIII. También conservo vivo el recuerdo –y una fotografía– de la visita que le hicimos colegiales zaragozanos del Colegio Español de Roma, una media docena, acompañando al arzobispo de Zaragoza, Casimiro Morcillo. Y no he podido olvidar la broma que hizo con uno de ellos, bastante relleno de cintura,

cuando le dijeron que era profesor «de espiritualidad». Roncalli comentó: «Spiritualità non so, ma corporalità ne ha» («No sé si tiene espiritualidad, pero corporalidad, desde luego»).

No fui entusiasta de la llaneza y del gracejo atribuido a Roncalli por anécdotas como esa, verdaderas o apócrifas. Tampoco me satisfizo nunca su lema del «aggiornamento», de actualización, puesta al día. Siempre me pareció una consigna superficialmente moderna, cuando la situación pedía bastante más que puesta al día; pedía, cuando menos, regeneracionismo. En cambio, como la mayoría de los clérigos y los laicos católicos por entonces, puse enormes esperanzas en la convocatoria del Concilio. Aquello parecía el giro necesario para una Iglesia en esclerosis de dogmas y de prácticas. La sesión de apertura del Concilio fue noticia de portada en la prensa de todo el mundo; y aquello hizo pensar a los católicos que la Iglesia, portadora del mensaje de Cristo, alcanzaba de nuevo una audiencia universal. En aquel momento, al interior de la Iglesia, nadie percibió –o al menos yo no lo recuerdo– que la alocución inaugural de Juan XXIII a la asamblea conciliar había sido bastante tradicional y nada rupturista, ni siquiera reformista. La teología más pro-

gresista había definido a la Iglesia como reformable o, más exactamente, «siempre por reformar»: «ecclesia semper reformanda». Pero tras la Reforma luterana, la protestante en general, en el catolicismo no podía hablarse ya en serio de «reforma» alguna y sólo cabía un reformismo suave bajo otros nombres, el del «aggiornamento» u otros.

En los años de celebración del Concilio yo no estaba ya en Roma, sino en una parroquia de un pequeño pueblo aragonés de Los Monegros. No seguí el Concilio en vivo o en directo, sino de muy lejos, gracias al diario *Ya* al que me suscribí, pues no tenía radio, ni televisión tampoco. Así, pues, no tengo impresiones conciliares personales, sólo recuerdos de juicios míos entonces tras la lectura de los documentos. En el «corpus» documental del Vaticano II hay textos de muy distinto tenor; y sí recuerdo que eso lo percibimos muchos desde el principio; y, entre quienes teníamos altas expectativas conciliares, quienes esperábamos que se separara netamente del Vaticano I, ofrecían máximo interés los documentos del diálogo religioso y de la situación de la Iglesia en el mundo.

Mi única experiencia vaticana posterior, algunos años después, fue con motivo de una reunión en Ro-

---

## El Vaticano II: ¿Una oportunidad perdida?

ma de sello «demócrata cristiano» –dicho así en aras de la simplicidad– dentro de un grupo español que presidía Joaquín Ruiz-Giménez. Nos recibió en audiencia Pablo VI con una alocución que me dejó decepcionado, por no decir estupefacto. Me pareció estar escuchando a Pío XII y vernos devueltos veinte años atrás. Mientras bajaba las escaleras que llevan al portón de la plaza le comenté a un compañero algo de este estilo: «Hay que preguntar aquí, a la salida, dónde firmar para borrarse de todo esto». Esa experiencia marcó en la trayectoria de mi vida un jalón, entre otros, de progresivo distanciamiento de la Iglesia, que desde aquellas fechas dejó de interesarme.

Más allá de eso, de media docena de recuerdos personales, antes y después del Concilio, a día de hoy sólo tengo el análisis *a posteriori*. Y en ese análisis, encuentro que el Vaticano II, objeto de esperanza de muchos cristianos y también de

expectativas de la Iglesia, cincuenta años después ha pasado a la historia sin dejar apenas rastro. No fue tan progresista como algunos aguardaron y luego han sostenido. No ha dejado en pos suyo huella profunda y permanente. Los dos últimos Papas se han encargado de borrar bien su rastro. Los cambios mayores que introdujo, tales como la liturgia en lengua vernácula y no en latín, se quedaron en arreglos de cosmética. Las cuestiones mayores que conciernen al catolicismo, sean de orden interno (celibato sacerdotal, ordenación de las mujeres) o de orden externo (cuestiones de bioética, agonía de la fe), están igual que en 1960. La reforma eclesial sigue pendiente, incumplida, frustrada. Seguramente no era posible proceder más lejos. El catolicismo es incapaz de ello, de verdadera reforma. Eso está en la naturaleza: en sus inercias, sus tabúes, sus bloqueos. Juan XXIII y el Vaticano II mitigaron en algo a Pío IX y al Vaticano I, pero nada más. ■